



DIOS COMPASIVO. LA FRAGILIDAD Y EL FRACASO EN NUESTRAS PERSONAS E INSTITUCIONES

Fr. Xabier Gómez, OP

Madrid

0.- Introducción: teología de la gloria y teología de la cruz

Cuando buscamos respuestas a nuestras preguntas e inquietudes fundamentales los creyentes abrimos las Escrituras. Acudimos a la Biblia en busca de historias donde enraizar el sentido de nuestra historia personal y colectiva. Para los creyentes hay una dinámica de salvación presente en la vida, en la historia de los hombres desde la que Dios habla. Así como acudimos a la experiencia de los mayores en busca de consejo y sabiduría, acudimos también a la experiencia de los grandes creyentes y discípulos que nos han precedido en el camino de la fe. Uno de estos antepasados en la fe y en la predicación es Pablo de Tarso. De él conservamos una de las frases más conocidas a la hora de sentir la fatiga tanto en el camino de la fe como en el de la predicación. ¿Quién no recuerda 2 Co 12,9, como referente para el cansancio espiritual, o lámpara a cuya luz leer la vida cuando nos sentimos cercados por la oscuridad y la pérdida de sentido? Esta frase es una paradoja cuyo verdadero alcance sólo es posible comprender desde una auténtica y plena experiencia de la gracia del Espíritu de Dios.

Como consagrados y predicadores llamados a la itinerancia (física y espiritual), la experiencia de Pablo nos sitúa en la experiencia del discípulo. Desde ella accedemos a una mayor aprehensión de la experiencia fundante que constituye para todos el referente fundamental: la experiencia de Jesucristo, el Maestro.



En el Nuevo Testamento encontramos a Jesús colocando a los discípulos tras sus pasos, en la huella del seguimiento. Avanzar tras sus pasos implica una pedagogía que conlleva en los apóstoles y discípulos identificarse con el destino del Maestro. Un destino que pasa por abrazar tanto los mismos objetivos o fines como los mismos medios, “el discípulo no es más que su maestro” (Mt 10,24). Cuando Pablo transmite su experiencia está leyéndola desde la vida de Jesús, mediador débil y crucificado que revela toda la dimensión del poder de Dios¹. Esta es la razón por la que Pablo puede gloriarse y complacerse en su debilidad como creyente y apóstol. En el fondo es un modo de gloriarse y complacerse en la fuerza de Dios manifestada plenamente en Cristo Jesús en coherencia con el modo de ser y hacer del Dios de Israel como lo atestiguan las Escrituras.

La fragilidad, la persecución y el diálogo con las culturas es lo que caracteriza el apostolado paulino. La predicación paulina es una predicación desde la experiencia de debilidad y sufrimiento. Según los expertos, esto es consecuencia de su teología de la gracia cuyo fundamento último radica en su teología de la cruz (1 Co1, 18-25).

Nosotros, “predicadores de la gracia”, ¿hacemos experiencia real de que el poder divino opera en las personas, no a través de las obras y la fuerza poderosa, sino a través de la fragilidad inherente al ser humano? En esta hora del mundo y de la vida consagrada, retomar la teología de la cruz es lo más responsable que podemos hacer para introducirnos en la corriente de gracia y salvación que derivan de ella. Situarnos en el horizonte de la gracia implica interpretar el sentido de nuestras vidas en clave de gratuidad. No son las obras, sino la gracia de Dios, lo que da fecundidad a la vida y a la tarea apostólica. Una gracia que trabaja con nosotros, incluso a pesar de nosotros. Colaborar con ella, significa: primero, *abrirnos a la verdad de lo que somos* tanto a nivel personal –identidad- como institucional (integrando bien luces y sombras; reconociendo nuestras heridas), y segundo, *predicar la gracia habiéndola experimentado*.

Veamos a dónde nos lleva recorrer este itinerario de modo que no se convierta en una suerte de consuelo espiritual sino en camino de madurez y escuela de sabiduría.

1.- Abrirnos a la verdad de lo que somos

Tanto la psicología como la mejor espiritualidad han insistido siempre en la importancia del “darse cuenta”, como consciencia y lucidez. Si queremos crecer en estabilidad necesitaremos reconocer y aceptar la totalidad de nuestro mundo interior. Una Orden cuyo lema más conocido reza “Veritas” sitúa a sus miembros ante un dilema: la coherencia de vida entre lo que podemos llegar a

¹ Cf. A. CARDOVILLA PÉREZ, “El poder de Dios en la debilidad” en *Sal Terrae* 2007 (609-623).



ser y lo que podemos llegar a predicar. Digo “podemos llegar a” porque entiendo nuestro ser y predicar como una tarea constante, un proyecto que se va realizando paulatinamente entre logros y frustraciones de los que casi siempre será posible extraer una enseñanza que permita seguir adelante con un proyecto de vida.

1.1.- Luz y sombra, gloria y cruz

En la consumación de dicho proyecto sólo la aceptación de nuestra verdad completa nos pondrá en camino de liberación. Es probable que en alguna ocasión hayamos escuchado o leído cómo en cada persona yacen abrazadas la luz y la sombra. Se dice que en cada santo duerme un pecador, no reconocerlo puede conducir al fariseísmo y al integrista. También se dice que en todo pecador duerme un santo, no percibirlo puede suponer un empobrecimiento humano, desesperanza y vacío. El desafío consiste en no dilatar por más tiempo la huída de nuestras verdades con el fin de tener la experiencia vital de reconocer y nombrar esta doble realidad en uno mismo para evitar la escisión, la neurosis como alejamiento de la propia verdad. Esta escisión quizás forme ya parte de nuestra fragilidad como una esquizofrenia que hace de los sueños criterio de verdad. Podemos ignorarla dejando que siga condicionando nuestra cotidianidad o reconocerla dejando que la verdad realmente nos libere.

1.2.- La comunidad, taller de veracidad

Somos personas habituadas al lenguaje simbólico y además hemos optado por un modo alternativo de convivencia, la vida fraterna. Estos dos rasgos presentes en nuestra vida marcan el desarrollo de nuestras personalidades. En algunas ocasiones tenemos la sensación de no pisar tierra y en otra quisiéramos que hubiera tierra por medio entre nosotros y algunos de nuestros hermanos. El ámbito de las relaciones comunitarias es a menudo un “taller de veracidad” puesto que en su seno se verifica nuestras luces y sombras, tanto las que nosotros vemos como las que permanecen ocultas a nuestros ojos pero no para el de nuestros compañeros. Si logramos familiarizarnos con el lenguaje simbólico que utiliza el inconsciente, si escuchamos a los otros y nos escuchamos a nosotros mismos, dispondremos de herramientas muy útiles para restañar nuestras heridas llevando paz y luz a nuestra vida. Quien evite plantearse estas cuestiones acerca de la propia verdad, quien rehuya hacer las paces con sus debilidades, claudica ante ellas desconfiando de la gracia capaz de sanarlas y hará suyas aquellas palabras de Joseph Campbell: “Durante los treinta y cinco o cuarenta primeros años de nuestra vida, nos esforzamos en subir por una larga escalera con el objeto de alcanzar al fin la cima de un edificio; después, una vez que estamos sobre el tejado, nos percatamos de que nos hemos equivocado de edificio”. ¿Cómo evitar este riesgo? Descubriendo e identificando una parte de nuestra fragilidad, nuestra propia sombra.



1.3.- La comunidad, ocasión de crecer en sabiduría

a) Compartir experiencias de vida y de fe

Las relaciones en la vida comunitaria brindan la ocasión de progresar en sabiduría. La ósmosis de la convivencia y el compartir experiencias vitales y religiosas enriquece a la persona. Pero además, si observamos cómo es nuestra interacción en su seno, descubriremos nuestras virtudes y nuestros defectos, esa realidad inconsciente que forma parte de nuestra fragilidad. ¿No es cierto que es en la comunidad donde se hacen más patentes las debilidades de los demás? ¿Y cómo darse cuenta de las propias si los otros callan por no herir nuestra sensibilidad o evitar un diálogo profundo? Hay un medio: observando las reacciones que tenemos ante determinados “objetos” (personas, situaciones o cosas). Cuando no los dejamos vivir en nosotros mismos, los elementos de nuestras “sombras” continúan haciendo presión en nuestro interior. El único mecanismo del que disponen para salir del “inconsciente” (allá donde se guardan las heridas que marcan nuestra personalidad) es a través de la “proyección”. Por la proyección, atribuimos a otros sentimientos, deseos, reacciones, que en realidad nos pertenecen. De este modo, resulta muy frecuente que aquello que me molesta de los otros, me recuerda una parte de mi personalidad que no me atrevo a reconocer.

b) Nuestra verdad y nuestras ambigüedades

Nuestras filias y fobias, nuestros apegos y rechazos, sobre todo si son exagerados, nos hablan de nosotros mismos, nos retratan. Tendemos a aborrecer en los otros sólo lo que secretamente aborrecemos en nosotros mismos y tendemos a encontrar bello y amable lo que secretamente amamos en nosotros mismos. En esta lógica, he aquí dos sencillas preguntas para conocerse mejor y vivir ajustado a la propia verdad: ¿Qué me cripa especialmente en los otros? ¿Qué me atrae poderosamente de los otros? La primera pregunta nos sitúa tras la pista de aquello que “no” quiero ver en mí siendo así que forma parte de mí mismo. La segunda en la de los rasgos más valiosos que me son propios.

En ocasiones, los otros ven aspectos de uno mismo que nosotros desconocemos; esto es positivo. Dejarse contrastar y objetivar por las personas que viven con uno requiere grandes dosis de paciencia y humildad. Sin embargo el diálogo fraterno cuando tiene lugar en un adecuado ambiente, cuando se sabe hacer bien, es una herramienta muy útil al servicio de la madurez de las personas y de la mejora de la convivencia. Aporta objetividad y lucidez allá donde uno quizás no alcanzaba a ver. Hay un adagio que dice: “verdad negada, verdad proyectada”. Observando nuestras reacciones personales vemos cómo esto se cumple muchas veces. Así por ejemplo, el afán de crítica o protesta contra casi todo, el descontento hacia casi todo muestra a menudo una persona descontenta con si misma y a unos observadores que lo



perciben y callan. Estas situaciones no construyen nada positivo y dejan perder una oportunidad de lucidez y sanación en el reconocimiento de verdades liberadoras.

Existen otro tipo de fenómenos susceptibles de ser sanados como parte del camino de integración de nuestra verdad. La ansiedad, las adicciones, el activismo desenfrenado, la idealización del yo, son síntomas de un vacío afectivo no reconocido. Con un poco de coraje, paciencia y sentido del humor es posible tocar fondo, reconocer lo que tratan de expresar e integrarlos como compañeros inseparables de camino.

c) Los proyectos, vertebradores de sentido

En la vida consagrada se sostiene la importancia de los proyectos como vertebradores de energía, sentido y fecundidad. Las personas e instituciones que se embarcan en la aventura de dotarse de proyectos precisan buenas dosis de humildad y paciencia para integrar los sinsabores del camino. Conocemos lo frustrante que puede resultar elaborar proyectos que por no estar fundamentados en el realismo ni la verdad, ambicionan más de lo que personas o instituciones pueden dar. Ambicionar “lo mejor” puede estropear lo “bueno” generando con el tiempo la idea de que todo proyecto es un quimera inútil, montañas difíciles de escalar. No es así. Jesús centró su vida en un proyecto: el Reino de Dios. Sus discípulos, entre los que incluyó los consagrados, compartimos ese fascinante proyecto no sólo como un plan para organizar una armónica convivencia social, cuanto para alcanzar el Reino de Dios. Este Reino que -como nos recuerda Benedicto XVI-, “llega en la persona de Cristo². En las parábolas de Jesús, es habitual escuchar cómo se compara el Reino de Dios con la semilla, el grano, lo pequeño, lo escondido, lo que fecunda desde lo profundo, lo que se somete a las leyes del tiempo y el esfuerzo no siempre recompensado. Quizás también le pesaba contemplar la distancia entre el suyo propio y los resultados de su misión. Jesús conocía el Salmo 126 (125) que habla del dolor de la siembra, de la espera y la alegría en la cosecha. Seguramente recordaba los versículos de este salmo mientras observaba los trabajos de sus vecinos en el campo. De esta observación pudo surgir la parábola del trigo y la cizaña (Mt, 13, 24-30). Mediante ella, Jesús destaca el valor de la paciencia como forja de carácter. La paciencia sabe esperar en el tiempo y sabe discernir. El sembrador paciente vive anticipándose al fruto y asumiendo los riesgos del crecimiento. Eso le basta.

d) La enseñanza de Jesús: nada/nadie es sólo trigo, ni sólo cizaña

De este modo, Jesús nos muestra lo sabio que es reconocer mezclados el trigo y la cizaña en cada uno y en las instituciones. Jesús no está pidiendo que seamos sólo trigo puro, sino que demos frutos en abundancia asumiendo con lucidez la ambigüedad de las motivaciones, el riesgo ante el fracaso. Haciendo una lectura simbólica de la parábola, la cizaña puede representar

² Joseph RATZINGER. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid, La Esfera de los libros, 2007, p. 227.



“aquellos que se siembran de noche”, es decir, en la oscuridad del inconsciente. Aquello que nuestro orgullo no quiere ver, lo que eliminamos porque no se ajusta a la imagen que queremos proyectar, lo que no responde a los ideales prefijados. Jesús no pide aniquilar esta parte de nosotros, conoce al ser humano demasiado bien como para saber lo que cuesta integrar y domeñar el orgullo. Pero Jesús es “maestro de verdad” y reclama lucidez. Invita al discípulo a vivir en la verdad completa. Lo que vale para el discípulo también es aplicable a las instituciones. Deben ser “lúcidas” y algo más. Es otra enseñanza de la parábola. Además de invitar a reconocer y reconciliarse con la parte menos luminosa y más ambigua en cada persona, proceso e institución, la parábola nos advierte contra cierto perfeccionismo espiritual. Aspirar a un ideal de persona o institución sin defectos ni debilidades, negar la sombra inherente es tan negativo como el rigorismo moral que pretende dominarla a fuerza de voluntad. Ni el rigorismo ni el voluntarismo conducen a la paz del espíritu y a la madurez humana. Son sendas perdidas que el evangelio continuamente trata de desenmascarar.

En todo caso, la sabiduría de Jesús nos confronta con nuestro orgullo. El orgullo busca siempre atajos para conseguir inmediatamente resultados que le permitan sentirse “satisfecho”. Pretende ignorar las sombras que habitan en el inconsciente de las personas generando una cadena de ansiedad y dispersión. Esta ansiedad bloquea el contacto con la verdad completa, con las intenciones y motivaciones. Es fácil detectar cuándo nos vemos inmersos en esta dinámica puesto que se manifiesta entre otros aspectos mediante activismo, depresión, cambios bruscos en el estado de humor. Un humor fácilmente alterable nos pone sobre la pista de estos falsos atajos. En el evangelio se nos advierte sobre la necesidad de permanecer alerta para destapar el orgullo. El evangelio dispone que el modo más humano de afirmar nuestra personalidad no es el “buscarse” sino “darse”, descentrarse, pro-existir. En la vida cotidiana tenemos muchos momentos de practicar esta ascesis. Desvivirse por los demás y vivir ajustado a la verdad ¿no fue acaso una constante vital en Santo Domingo?

Tratar de convivir pacíficamente con las dimensiones de nuestro ser que más nos desconciertan es un modo de adquirir sabiduría para saber acompañar y vivir bajo el mismo techo con gente desconocida. Un valor superior nos convoca para construir una parábola de comunidad. La comunidad no es un edificio donde habitamos juntos sino un proyecto que construimos juntos y que a menudo está “en obras”.

e) Nosotros, los otros y la reconciliación con la verdad y la adversidad

Como en toda casa en obras, tendremos la sensación de vivir a la intemperie. No obstante, en la vida fraterna podemos aspirar a relaciones positivas y fraternas que integren las debilidades de sus miembros. Para ello necesitaremos el coraje de poner los medios que nos reconcilien con nuestras verdades. La gracia de Dios espera en nosotros colaboración para sanar nuestra naturaleza, completarla, reconciliarla en la verdad. Pero, a pesar de invertir tiempo y misericordia en el intento, la experiencia indica la necesidad de



aprender a convivir con cierta dosis de insatisfacción. Hay una “tensión escatológica” también para las relaciones humanas en las familias y comunidades. El “ya sí”, nos indica que necesitamos cambiar, “pero todavía no” hay modo de que cambiemos. Quizás empezando por uno mismo antes de pedirlo a los demás. A lo mejor, modificando actitudes en lugar de comportamientos.

¿Cómo afrontaba Pablo las adversidades que percibía en él o en su entorno? Como buen apóstol Pablo cultivaba la introspección y nos deja un entrañable testimonio en 2 Cor 12, 7. Un predicador itinerante como él contaba con un grandísimo haz de relaciones humanas. Tenía que relacionarse y bregar con todo tipo de personas, instituciones tradicionales o recientes en las distintas iglesias. Ejercía su autoridad tratando de cultivar una “vida en Cristo” descentrada para la misión. No siempre le salían las cosas bien, incluso no siempre llevaría razón, pero al menos era capaz de permanecer centrado en su vocación aún en medio de las tensiones. Consciente de su enérgico celo es capaz de reconocer su sombra y de integrar sus fracasos no sólo en el ámbito de su misión, también en su vida personal. Su orgullo se ve desafiado por un “aguijón/espina interior” al mismo tiempo que por la lentitud y asimetría de los procesos en las comunidades por él fundadas. Pablo acepta sus “heridas” reconociéndolas como “pedagogas” de su camino interior. Puesto en verdad consigo mismo trabaja una espiritualidad de la gracia y una teología de la cruz que le capacitará para hacer frente a las hostilidades de su entorno, a la fatiga existencial, a la tentación de desánimo propia del creyente. Por ello, Pablo puede ser un buen modelo con el que releer nuestra experiencia de fe y nuestro momento personal y colectivo como frailes dominicos.

También nosotros podemos ser útiles y fecundos para la humanidad incluso con nuestras heridas abiertas. ¿Cómo? Haciendo de nuestras propias heridas una fuente de curación. Esto “no es una llamada a compartir los dolores personales superficiales, sino a un constante deseo de ver el sufrimiento de uno mismo como surgiendo del fondo de la condición humana que todos compartimos”³. Esa verdad nos mantiene humildes y capaces de predicar con autoridad sosteniendo los sufrimientos de otros.

Llega el momento de abordar otro punto. Pasemos de reconocer la verdad personal e institucional escuchando las heridas, a buscar nuestras fortalezas con el fin de ser más verdaderos; de alcanzar más calidad como hermanos y predicadores de la gracia.

³ H.NOWEN, *El sanador herido*, Promoción Popular Cristiana, Madrid, 1996, p. 107.



2.- “Para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2 Cor 12,7b-10)

Muchas veces hemos escuchado decir que entre “lo que somos o hacemos” y “lo que queremos” está “lo que podemos”. En esa tensión trabaja la gracia de Dios. En este horizonte construimos proyectos. Una gracia que es fuerza en la debilidad, en la vulnerabilidad. Con ella lo podemos casi todo, no sin dolor ni esfuerzo. La vida de Jesús el Señor, la vida de Domingo nos remiten a esto.

2.1. “Sus heridas nos han curado”

Como consagrados hemos puesto la mano en el arado y hemos abierto los brazos para ser conducidos por Otro y por otros. Quizás cuando nos entusiasma el proyecto no calculábamos las fuerzas, pueda ser que las estemos perdiendo con el paso de los días, pero no malgastaremos la vida si tenemos claro el sentido. En todo caso, las razones que tengamos para permanecer madurarán casi inevitablemente junto a la cruz del Señor. En una identificación con sus heridas que son las nuestras. Heridas en el cuerpo, en el espíritu y hasta en los proyectos institucionales cuya base está formada por personas. También ellas pueden hacer de nosotros y nuestras instituciones, como afirma Henri Nowen “sanadores heridos”, “agraciados predicadores de la gracia”.

La fortaleza de la que estamos hablando es aquella que entra en el mundo con la Encarnación y despliega sus beneficios desde la cruz y la Resurrección. Las heridas del crucificado resucitado nos han curado, alcanzan a toda la Creación. Vividas en comunión con Él nuestras heridas son ventanas por las que el Espíritu vivificador entra en nuestras vidas uniéndonos al Hijo y al Padre. Desde esta posición que nos enraíza en la vida trinitaria comienza la fecundidad de nuestra vida cristiana y de nuestra predicación. Si no estamos afectiva y efectivamente unidos al Dios Uno y Trino, nada podemos.

Como dijimos al comienzo, estudiando al apóstol Pablo descubrimos que la fuente de la gracia está íntimamente relacionada con su teología de la cruz. Esta teología de la cruz es fuente de sentido para nuestra vida. Desde el misterio pascual Dios nos llama a una existencia nueva donde predomine la fe, la esperanza y la caridad. ¿Cómo alimentaremos el coraje y la confianza para no caer en el desánimo? *Fortaleciendo la fe, la esperanza y la caridad.*

2.2.- Acoger la fuerza de la fe

a) La fe, origen, meta y ambiente de nuestra trayectoria vital

La vida consagrada gravita alrededor de la experiencia de fe. Antes que nada, nos definimos como creyentes en el Dios de Jesús. Buscamos Su verdad, aunque sea “a tientas” (Hech 17,27). La fe suscita en nosotros un éxodo desde



la “tierra conocida” para seguir al Señor en una vida apostólica de obediencia y misericordia. La fe, la humilde confianza en Dios es un riesgo. Por muy razonable y familiar que nos resulte creer, la fe nos expone. Desde ella interpretamos y leemos acontecimientos, a menudo desconcertantes, en clave de historia de salvación. La confianza en Dios es portadora de sentido.

No obstante, la rutina o la indiferencia se instalan en el interior del fraile. También en las prácticas comunitarias que nacieron para pensar la fe y reflejar su belleza. No es extraño que la indiferencia visite personas e instituciones. Lo peligroso es que se instale en ellas para quedarse. Si esto sucede, descubriremos una gran distancia entre el creyente que profesamos ser y el creyente que somos en realidad. Entre el religioso que “creemos” ser y el que “somos” en realidad. Entre el estudio, la predicación y la oración viva que la gente espera de nuestras comunidades como testimonio comunitario de fe y lo que ofrecemos en realidad. La fe como el amor si no se alimenta se apaga. Cuando rezamos juntos estamos nutriendo mutuamente nuestra fe.

Por eso necesitamos revitalizar los tiempos y espacios para estar con Dios. Cuando se vive a Dios y en Dios surge espontáneamente la alabanza y la misericordia. Ante el misterio de Dios, nuestra verdad se ilumina con sus luces y sombras. Somos creyentes desde nuestra debilidad. La Biblia está llena de creyentes cuya vida no es una historia lineal sino un proceso lleno de vaivenes y sobresaltos. Una escucha atenta de la Palabra abre los ojos del creyente. Cultiva en él una mirada nueva, purifica la fe y nos hace vivir con realismo.

b) La fe, acogida orante de la Verdad que es Dios

Las trayectorias de nuestras vidas nos muestra que no debemos intentar “poseer” la verdad de Dios, somos poseídos por ella. Cuando el amor de Dios nos alcanza y permanecemos en él nos convertimos en bendición. Aprendemos a decir bien de Dios, de la Creación y de los hombres. En nuestra tradición existen diferentes medios para fortalecer la fe. Ninguno sustituye la oración personal. Ella nos introduce en la dinámica que propone S. Serafín de Sarov: “Adquiere la paz interior y una multitud adquirirá la paz a tu lado”⁴.

No hemos de desesperar si durante algunas etapas de nuestra vida sentimos que la confianza en Dios se tambalea. Dios es más grande que nuestra fragilidad o nuestra duda. Quizás nuestras dudas nunca se despejen del todo. Incluso con una fe herida podemos dar pasos para vivir en verdad ante Dios. La fe puede encontrar en los momentos de mayor vulnerabilidad ocasiones insospechadas para ser fortalecida. Creyentes y místicos dan prueba de ello. San Justino de Roma dice que Dios no se esconde de quien lo busca con un corazón sincero. Tener un “corazón sincero” sería la premisa para retomar la confianza en Dios.

⁴ Vincenzo PAGLIA, *El amor cristiano*, Madrid, San Pablo, 2008, p. 222.



Por otro lado, el “cor unum in Deum” de S. Agustín al comienzo de nuestra regla de vida recuerda a nuestras comunidades e instituciones el fin último de toda programación. Hagamos todo lo posible por contribuir a la unanimidad en la búsqueda del Dios vivo. Alentemos la fe y la alegría de los hermanos en cada ciclo vital. Fortalecer la experiencia de Dios de cada hermano es favorecer el bien común y es el comienzo de la predicación.

Si descuidamos la experiencia de fe olvidaremos el sentido de nuestra entrega. Seremos menos creíbles a los ojos de quienes nos observan. En momentos de incertidumbre es capital favorecer el encuentro con el Dios de Jesús dirigiendo los ojos de la mente y el corazón al misterio de la cruz. No para revivir una espiritualidad dolorista sino para refundar nuestras opciones en fidelidad al estilo de vida del Resucitado, cuyas heridas nos han curado. Recordémoslo una vez más: “Basta con que el discípulo sea como su maestro” (Mt 10, 25). No temamos descender al fondo de uno mismo exponiéndonos al misterio que se encierra dentro de nosotros. Si no encontramos a Dios en nuestro interior, no lo encontraremos en ningún otro lugar. Si percibimos en nosotros su presencia, lo podremos presentir en medio de la vida.

c) Una fe que discierne e impulsa a vivir

Jesucristo es quien mejor ha entrado en el misterio de Dios. Desde el evangelio de Juan, Cristo invita a los discípulos a “vivir en la verdad” como camino de fe. “Ser de la verdad” (Jn 18,37) y “hacer la verdad” (Jn 3,21). Quizás los tiempos de crisis sean buena ocasión para cultivar una sana sospecha ante nuestros autoengaños. Desenmascarar conocidas consignas que no son veneros de gracia tales como: “todo da igual; qué mas da; siempre se hizo así; no se puede hacer nada; la culpa no es mía; en otro lugar estaría mejor; no me comprenden; lo importante es sentirse bien; no hay tiempo para esto; ya tuvimos bastante cuando éramos jóvenes; eso no es racional; etc.”. Esta letanía de justificaciones paralizan la fecundidad de personas e instituciones. Si no se abordan con el debido discernimiento, favorecen un estilo de vida lánguido y estéril.

Sin embargo, el Espíritu de Dios en un “corazón sincero” es capaz de recomponer lo decaído. ¿Cómo contribuimos con El a reavivar el don de la fe? Insistiendo en la comunicación personal y sincera con Dios. Esto no es nuevo, pero sí urgente para revitalizar y actualizar nuestra vocación. La fe de Israel comienza así: “Escucha Israel” (Dt 6, 4). En tiempos de incertidumbre es conveniente recordar. Leer nuestras vidas como historia de salvación puede hacer bien a nuestra vocación. Hacer memoria de las motivaciones que nos trajeron a la Orden y sobre todo nombrar las que ahora nos mantienen en ella. Nuestra fidelidad y felicidad están relacionadas con la tarea de hacer la verdad y encarnar la salvación en nuestras vidas. Por ejemplo, a través de la escucha atenta y orante de la Escritura, o en la adoración silenciosa ante la eucaristía, el Espíritu de Dios recreará lo que necesite ser sanado en nosotros. Volver al Evangelio y la Escritura, insertar nuestra espiritualidad en el don eucarístico es hacer el camino a la Verdad y la Vida.



2.3.- Fortalecer la esperanza

a) La fragilidad humana de la esperanza

Las personas percibimos que la esperanza es frágil. La experiencia cotidiana de la muerte y la persistencia del sufrimiento de los inocentes la desafían constantemente. Seguro que conocemos a mucha gente desengañada y retenida en un pasado que idealizan. Junto a ello se extiende la sensación de miedo ante un futuro incierto. Cada día podemos encontrar muchos motivos para desesperar o atrincherarnos en nuestras seguridades. La compulsividad como modo de vida parece querer evitar una mirada real y responsable, una pregunta sobre los principios y fundamentos a nivel individual y social. Esto puede ser debido a que vivimos un ambiente marcado por el nihilismo, el relativismo y ciertos fundamentalismos.

Sin embargo, nada puede acallar el ansia ilimitada que habita en el ser humano. Este deseo de plenitud es desproporcionado respecto a la finitud de las realidades temporales. Quizás este dinamismo interior sea el origen de la búsqueda que lleva a la fe. Es ciertamente, un modo de llamar al Creador a su criatura.

b) Las fisuras de la realidad, tentaciones para la desesperanza

En la vida eclesial y más específicamente en la vida consagrada estamos tentados a dirigir una mirada depresiva sobre las instituciones (Iglesia, Orden, Provincias, Comunidades, hermanos de comunidad). La característica del depresivo es fijarse y considerar tan sólo los signos negativos de la realidad. No es capaz de ver los signos positivos. Estos signos positivos no constituyen el motivo de nuestra esperanza pero contribuyen poderosamente a estimularla y comprometernos con ella. Como predicadores de la gracia debemos prestar atención a esos signos positivos. ¿Estamos suficientemente preparados para proponer “razones de nuestra esperanza”?

Sigamos contemplando la experiencia del apóstol Pablo. En sus escritos nos dice dónde radica su esperanza. Pablo está convencido de que “todo está llamado a ser más en el Señor”. La gracia de Dios hace posible tener motivos para confiar en el progreso de cada persona, cada creyente, así como en el de las comunidades que ha ido fundando. La clave de todo: “la vida en Cristo”, “en Cristo Jesús habéis sido enriquecidos sobremanera” (1 Co 1, 4-9). ¿Sabemos educar y acompañar vocaciones en esta clave?

c) La esperanza cristiana, una virtud crucificada

La esperanza es una virtud cristiana que nace de la Pascua, pero no es una virtud triunfal, sino crucificada. Ser más en Cristo no borrará nuestras heridas, como el Resucitado no borró las suyas. Pero en medio de la fragilidad y las experiencias de fracaso, como pudo haber sido la de la cruz, creemos que es posible mantener la esperanza. Nos sabemos alcanzados por el poder de la Vida. Decimos estar “heridos de vida”. Pablo en Rm 5,3-5 habla de las



tribulaciones como “escuela de esperanza”. En la pedagogía apostólica paulina aprendemos a confiar antes y más allá de los signos de fiabilidad que los demás ofrezcan. Sólo esto posibilita la aventura de embarcarse en la vida consagrada. El miedo bloquea, la esperanza “salta los muros” o, como dice el salmista: “Contigo, Dios mío, asalto la muralla” (Sal 17, 30). A diferencia de la espera que es una actitud más bien pasiva, la esperanza es activa, compromete, implica y complica.

Esta esperanza viene siempre de Dios. Sólo en Él debemos poner nuestra esperanza. Vivir con esperanza en la vida dominicana significa no ser espectador pasivo sino constructor activo según las propias fuerzas. Ser predicador y servidor de la gracia consiste en saber suscitar esperanza allí donde nos toque vivir. Nuestras instituciones son fecundas en la medida que sirvan para mantener encendida la esperanza en los hermanos de cualquier edad y entre quienes entra en relación con nosotros.

d) Esperanza y oración

Desde el evangelio Jesús nos advierte contra una de las peores tentaciones: caer en la desesperación. De hecho, la desesperación es en sí misma una tentación. Para no adentrarse en ella Jesús recomienda la oración. “Velad y orad”, (Mt 26, 41). El apóstol Santiago relaciona la oración con la misión para evitar el desánimo típico de todo apóstol (St 5, 7-8.16-17). Recomienda una esperanza activa transida por un oración comprometida.

También Santo Tomás relaciona la esperanza con la oración. Ella distingue al desesperado y al presuntuoso del verdadero creyente porque sólo ora quien espera. E. Bloch, teorizador de la esperanza, escribió: “Es preciso aprender a esperar”. “Aprender a esperar” debería ser un tema que nuestros planes formativos abordasen. Nuestras instituciones y nuestras vidas están marcadas por el Espíritu de Dios, aprender a esperar implica escuchar su llamada en medio de los acontecimientos. Hacer una lectura creyente de la realidad.

No son las programaciones las que aseguran la fidelidad ni la motivación profunda. No deben serlo en última instancia. Poner la esperanza en proyectos, personas o programas puede resultar engañoso por necesario que sea realizarlos. La motivación principal, lo que mueve al consagrado a permanecer fiel en su promesa es su encuentro con Dios⁵. Esta “vida en Cristo” que reconoce las dificultades y aprende de ellas, es una vida iluminada por el valor de la cruz. Ella hace al consagrado capaz de comprometerse de distintos modos con los crucificados de nuestro tiempo anticipando la fuerza de la Resurrección. La gracia como la esperanza se predicar verazmente desde la propia finitud transfigurada por Aquel que se comprometió con nosotros el primero. Cada vez

⁵ “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste”. JUAN PABLO II, *Tercio Milenio Ineunte*, n. 29.



que celebramos la eucaristía hacemos memoria de este compromiso, de su alianza inquebrantable con cada uno y con la humanidad. Por eso, “ex memoria, spes” (S. Agustín). De la memoria nace la esperanza y de la esperanza la entrega. En este sentido, alimentar nuestra espiritualidad e identidad como frailes con la espiritualidad sacerdotal o presbiteral sólo puede suponer una ganancia, nunca una pérdida. El sacramento del Orden no es un anexo a la vocación del fraile dominico sino parte consustancial de su carisma, tal como lo quiso nuestro fundador. Todo fraile debería buscar con qué fortalecer su fidelidad y responder doblemente: “¿qué espero de Dios? ¿qué espera Dios de mí?”

2.4.- Profundizar el amor

a) Sólo el amor permanece

La palabra Amor contiene todo el evangelio. “Dios es amor” (1 Jn 4,8). La vida cristiana, vivir en Cristo, consiste precisamente en comprender y vivir el alcance de ese amor. El apóstol Pablo en una ocasión tilda de “locura” ese amor gritado a la humanidad con la vida, muerte y Resurrección de Jesús. El amor de Dios sobrepasa la lógica humana. Los discípulos de Jesús tratamos de reproducir el amor de Dios. Los creyentes decimos que ese amor incondicional es la mejor de las noticias. Escuchamos este mensaje dentro de un contexto personal y una historia familiar o colectiva que nos han marcado. A veces la voz de nuestras angustias nos impide ser progresivamente alcanzados por el amor de Dios manifestado en Jesucristo. Esto pasa cuando no vivimos ajustados a la verdad de nuestro “yo profundo”. En el caso de las personas célibes esto puede llevar a olvidar que la gratuidad y el desinterés deben constituir el horizonte permanente de nuestras relaciones.

También la institución puede vivir esta confusión y alimentar proyectos que disimulan desafíos reales más profundos. Es el caso de justificar programaciones que hacen de la necesidad virtud. Son estrategias centradas excesivamente en “asuntos internos”. Sin darnos cuenta podemos generar un “activismo” nocivo. Esa inercia, nos mantiene ocupados o preocupados como si todo dependiera de nosotros, al tiempo que nos vacía de nuestra identidad profunda como religiosos, la que nos recuerda que todo depende de Dios, dejando que Él nos alcance, que Él sea protagonista de nuestras jornadas.

b) Llamados por el Amor para vivir con amor

Por otro lado, personas e instituciones somos reticentes a asumir la verdad si sospechamos que pueda mostrarnos una imagen empobrecida de nosotros mismos. El amor a uno mismo es necesario pero ese amor debe ser liberado de su tendencia narcisista. ¿Quién nos ayudará a centrarnos en lo esencial, a desprendernos de lo que nos impide vivir y amar con más autenticidad? Lo esencial, la tierra prometida donde el dominico enraíza su esperanza y siembra sus proyectos es Jesucristo. La Verdad es una persona, como predicadores de la gracia nuestra prioridad es irradiar la santidad, el amor



de Jesucristo. ¿Cómo? En primer lugar dedicando tiempo y afecto a la oración donde estamos con el Señor, donde pedimos con insistencia y humildad el Espíritu Santo. El amor que encarna Jesús de Nazaret es un amor gratuito. Un amor que capacita para “no ser menos que el Maestro”, para “llevar la cruz de cada día”. Hacia el final de su vida Sto. Tomás de Aquino entra en un sublime tiempo de silencio, la oración, el estudio, la misión, todo aparece ante sus ojos recapitulado en Jesús crucificado. No tiene más que decir, parece repetir aquella experiencia de Pablo: “Nunca entre vosotros me precié de saber otra cosa que a Jesucristo crucificado” (1 cor 2,2). El amor verdadero hará nuestras vidas semejantes a las del Amado. Nuestros afectos y proyectos, están marcados por la cruz como fuente de gracia. Tenemos el tiempo y proceso de toda una vida para configurar nuestra psicología, nuestro ser y nuestro ministerio con el Señor crucificado y resucitado. Podemos llamar a este dinamismo “ascesis en el amor”. ¿Están nuestras instituciones dispuestas a recordarnos y acompañarnos en este modo particular de vehicular la gracia en el seguimiento e identificación con Cristo? ¿Valoramos la aportación del sacramento del Orden a ese dinamismo de gracia como sostén de nuestra vocación?

¿Cómo encaramos las tentaciones que tienden a disgregarnos y desafectarnos de nuestra vocación? Jesús en el umbral de su vida pública se retira al desierto. Este pasaje de los evangelios donde Jesús afronta sus tentaciones muestra que la confianza en Dios es el camino de la liberación interior. Jesús vislumbra los atajos de un subproducto del amor. Los reconoce y los integra desde su fe en el Padre. Renuncia a toda dinámica de amor al poder para encarnar el poder del amor. Este es el objetivo de la ascesis cristiana. El desierto no es el lugar de privación de los placeres que alegran los sentidos, sino el espacio donde cultivar la interioridad que permite “acogerse a sí mismo”, entablar conversación con la propia verdad y quererla con misericordia. En ocasiones la vida misma nos conduce a momentos de desierto. Tanto si son elegidos como si no, pueden ser como cursos intensivos donde aprender a amar como el Señor nos ha amado.

c) La complejidad del amor a uno mismo

Una de las reglas más elementales sobre las relaciones afectivas dice que no es capaz de amar a los demás quien no se conoce a sí mismo. Para convivir pacíficamente con las heridas de los demás se requiere, por lo tanto, estar en proceso de curación de las propias heridas. En ocasiones de modo inconsciente, cierto complejo de inferioridad o cierto sentido de abandono nos empujan por las sendas perdidas de la altanería o el victimismo en las relaciones. En tales casos, fortalecer el amor consiste en saber ser uno mismo, tal cual es y allí donde está. Saber ser persona, saber ser fraile dominico, saber ayudar y saber dejarse ayudar. Todos podemos aprender de los errores y fracasos.



Hacer la verdad no protege de las crisis pero dignifica a quien las atraviesa. Las crisis personales o institucionales son oportunidades donde quien no huye hacia atrás o hacia delante mide su sabiduría. La angustia, el narcisismo, el miedo y el orgullo proyectan falsas imágenes de nosotros mismos de las que la fe en Cristo puede liberarnos. Ellas están ahí pero no deben tomar las riendas de nuestra vida.

Como dominicos nos hemos comprometido con la Palabra. En la Escritura, cuando Dios pronuncia una palabra “dice y hace”. Todo lo que llevamos dicho hasta ahora también necesitará mediadores que lo “hagan” operativo. Estos mediadores de la gracia son nuestros hermanos, los otros. Ante ellos mostramos muchas veces las debilidades, ellos nos hieren y nos alegran, nosotros les herimos y les alegramos. Así como hay un intercambio de fragilidades también debemos propiciar el intercambio sanador. ¿Cómo? Entregando a alguien la palabra bloqueada dentro de uno mismo, nombrando lo que nos asusta nombrar. La escucha benévola, personal o comunitaria, es una eficaz medicina. Así sucede en el sacramento de la penitencia cuando se celebra correctamente. El otro en nombre del Otro nos devuelve la paz.

d) El amor llama al perdón

El corazón del amor late en el perdón. Perdonarse a uno mismo y ser perdonado por Dios y los hermanos nos devuelve a la verdad, la alegría. La misericordia que pedimos no consiste en mostrar indiferencia o una tolerancia políticamente correcta con los hermanos asegurándose de rebote la propia tranquilidad. La misericordia es compasión por el otro, por uno mismo, por la humanidad. Es “misericordia veritatis”. El Sal 85 dice que “la misericordia y la verdad se encuentran”. Diríamos más bien que se reclaman. La tarea de vivir en la verdad de uno mismo y de los demás requiere siempre misericordia, esto es, comprensión y compasión.

e) El amor en un corazón célibe

¿Qué hacer con nuestro deseo de intimidad y comunión? La necesidad de aceptación, exclusividad y afecto se viven a la intemperie en la vida del célibe incluso viviendo con otros. Esto dependerá del nivel de cariño y comunicación en las comunidades. Ciertamente el hedonismo predominante en nuestra sociedad exalta continuamente el individualismo y el derecho al placer inmediato. El consagrado a veces también reclama esos derechos para sí mismo. Escucha su cuerpo y no debe asustarse por ello. Nuestra afectividad y nuestro cuerpo a través de sueños, fantasías, etc. tratan de comunicarse con nuestro yo profundo para reclamar su parte de satisfacción. La racionalidad propia de la espiritualidad dominicana nos ayudará a ver las cosas como son. Hay una gran sabiduría sobre el arte de amar en nuestra identidad y en nuestra tradición. Sabiduría que conduce a recuperar la libertad. No sin esfuerzo. Así por ejemplo una vida comunitaria equilibrada con un buen nivel de comunicación, oración, estudio y predicación es un hábitat donde crecer afectiva y vocacionalmente. La amistad que proporcione una escucha benévola y un acompañamiento en la reciprocidad también es un factor de equilibrio. El



contacto con personas o colectivos “heridos de la vida”, compartir esperanzas con el mundo del dolor es un modo de encauzar los afectos. Aquello que contribuye a ejercitar un amor en gratuidad no sólo favorece la fidelidad a la vocación y al carisma. Estas pistas pueden contribuir a fortalecer en nosotros vínculos de caridad en el sentido pleno de la palabra⁶.

El modo de amar en el celibato por el Reino de Dios deja una herida siempre abierta. La soledad, común a toda existencia humana, se vive en la vida consagrada como un proceso de transfiguración. Es una soledad elegida, no impuesta. Necesita entrenar los afectos y el cuerpo, para amar en gratuidad. Precisa además del acompañamiento, la paciencia y la amistad. En el consagrado el amor es una fortaleza cuando vive serenamente el amor a sí mismo como aceptación gozosa de su verdad. Sentirá una fuerza interna que reclama afectos exclusivos para sí mismo. Se verá turbado y desconcertado no pocas veces. No obstante, siempre puede acudir a la fuente del amor para aprender a amar en la verdad⁷. Esta fuente para todo cristiano es Cristo quien ocupa no sólo la mente o el intelecto sino el corazón y el afecto del consagrado. Hay una aridez y una ascesis que deben serle gradualmente familiares. De ello saben mucho los hombres y mujeres que en nuestra Orden dominicana cultivaron una espiritualidad “esponsal” que podemos redescubrir como fortaleza para ejercitar la pasión por Dios y por la humanidad.

Concluyendo: el Dios de Jesús, un Dios vulnerable a la fragilidad humana

En las Escrituras podemos fortalecer nuestro seguimiento de Jesús en la vida consagrada recorriendo las trayectorias de las personas, acontecimientos, momentos que expresan la Alianza de Dios con el pueblo. Alianza es reconciliación y memoria que atrae al hoy la esperanza del futuro. Dios nos sostiene y responde a nuestras luchas como responde al dolor de su pueblo. También podemos redescubrir los textos bíblicos y litúrgicos que proponen la sponsalidad como marco de relación afectiva con nuestro Dios. Sin olvidar los textos que hablan de la *kénosis* de Jesús.

⁶ Vid. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, ..pp. sobre la “caritas”.

⁷ “Santo Tomás escribió algo que es fácilmente mal entendido. Decía que la castidad es vivir conforme al orden de la razón (II-II,151.1). Esto suena muy frío y cerebral, como si ser casto fuera una cuestión de poder mental. Pero para Tomás ‘ratio’ significa vivir en el mundo real, ‘de conformidad con la verdad de las cosas reales’. Es decir, vivir en la realidad de quién soy y quiénes son realmente las personas a las que amo. La pasión y el deseo pueden llevarnos a vivir en la fantasía. La castidad nos hace bajar de las nubes, viendo las cosas como son”. T. RADCLYFFE, *Afectividad y eucaristía*, CONFER.



Nos podemos entretener en sendas perdidas que debiliten en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. Sin embargo, la vida consagrada es ir “de comienzo en comienzo”. La misericordia, la lucidez, la oración, la comunicación benévola, la amistad y la misión equilibran y alegran la vida. Amar desde el celibato es profecía de esperanza. La misión del religioso sobre la tierra contribuye a desenmascarar ídolos -incluido el que vive en su interior-. Vive “para los demás” reflejando junto a sus hermanos la vida trinitaria de Dios Amor. Cada día el consagrado entrega algo de sí mismo al mundo. Es una entrega silenciosa, fecunda y gratuita, “este es mi cuerpo que se entrega por vosotros”. Un tesoro llevado en vasijas de barro “para que no nos anunciemos a nosotros mismos sino a Jesucristo” (2 Cor 4,5.7). Si fortalecemos la fe, la esperanza y el amor vivimos cada día el Hoy de Dios viendo las personas y las cosas como Cristo las ve, con pasión y compasión. Dios es compasivo eterna y eficaz es su misericordia, “por eso no desfallecemos, al contrario, aunque nuestra condición física se vaya deteriorando, nuestro interior se renueva de día en día” (2 Cor 4,16).

Bibliografía

- CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. *El servicio a la autoridad y la obediencia*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2008.
- GESHÉ, A. *El sentido*, Salamanca, Sígueme, 2004.
- GROMOLARD, A. *La segunda conversión. De la depresión religiosa a la libertad espiritual*, Santander, Sal Terrae, 1999
- MEGUERDITCHIAN, N. *Vivir un discernimiento espiritual*, Madrid, San Pablo, 2001.
- NOWEN, H. *El sanador herido*, Madrid, PPC, 1996.
- SHELDRAKE, Ph. *¿Cómo llevarnos bien con nuestros deseos?* Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000.



Cuestiones para el diálogo comunitario

1. ¿Qué te sugiere el comentario sobre el trigo y la cizaña (1.3.d) y su aplicación a la vida religiosa de cada uno y a la experiencia comunitaria?
2. ¿Qué consecuencias tiene y puede tener en nuestra vida y en nuestra misión la fe en la gracia que es fuerza en la debilidad, en la vulnerabilidad?
3. ¿Qué te sugiere la idea de que la esperanza no es una virtud triunfal sino crucificada?
4. ¿Cómo evitar que la preocupación por los asuntos internos de la institución, en el nivel que esto sea (convento, Provincia, Orden, Iglesia) no vacíe nuestra identidad de “ser para otros”?